

---

## A PROPOSITO DE LAS MURALLAS DE PAMPLONA

---

ALBERTO SARTORIS, arquitecto.

El problema de la utilización y de la conservación de monumentos notables, tales como las murallas de las ciudades históricas, se planteó en la Primera Exposición Internacional de Recintos Urbanos, que tuvo lugar en Italia de junio a octubre de 1967, sobre los mismos muros y bastiones de la ciudad de Lucca (Toscana), cuyo perímetro mide 4.195 metros.

Este soberbio conjunto fortificado, desde el que se dominan los imponentes edificios ciudadanos, la fértil campiña que le rodea y el fondo pintoresco de los Alpes Apeninos, se levantó en el siglo XVI. Hoy está destinado para paseos y jardines públicos.

De este extraordinario y magnífico bulevar elevado que una vegetación lujuriente enriquece y ennoblece, le queda a uno la visión de un sistema respiratorio, de una barrera sanitaria y un cinturón de protección absolutamente indispensable a la vida de un antiguo centro homogéneo: como se guarda la visión de una corona estructural absolutamente indispensable al mantenimiento del carácter social, de los principios cívicos y de la escala humana de un organismo comunitario sabiamente imbricado y ordenado por los siglos.

Con los medios actuales de que dispone el nuevo urbanismo, tomando el ejemplo

típico de Lucca, se debe admitir que las ciudades artísticas han de poder desarrollarse racionalmente sin que sea necesario destruir sus espléndidas y formidables arquitecturas que, perdiendo sus originales funciones de fortalezas, se han metamorfoseado mágicamente en obras utilitarias de una belleza duradera. Tantas boberías se construyen alrededor de villas prestigiosas que se pone en evidencia la necesidad de reducir una demasiada evidente contaminación restaurando y conservando con cuidado estas cinturas verdes que representan las murallas de nuestras viejas ciudades. Que no se olvide que el verdadero creador

es aquel que renueva respetando los testimonios auténticos del ayer.

En Italia el caso de Lucca no es único o aislado, aunque constituye un complejo prácticamente excepcional. En efecto, Grosseto, en la Marisma Toscana, posee todavía la antigua fortaleza hexagonal de sus bastiones del siglo XVI, cuyo perímetro es de 2.730 metros. Estas majestuosas murallas de una antigua fortaleza en cuyos terraplenes discurren paseos y avenidas, han sido convertidos en el siglo XIX en unos jardines y bosquedillos muy hermosos con plazoletas de juegos infantiles en alamedas umbrías para pasear y descansar provistas de estanques y fuentes.

Se encuentran todavía en muchos países numerosos recintos urbanos dignos de interés, notablemente en las Antillas, en Alemania y en Austria, en España, en Finlandia y en Francia, en Gran Bretaña y en Grecia, en Holanda y en Hungría, en Irán y en Israel, en Italia y en el Líbano, en el Principado de Mónaco, en el Perú y en Portugal, en Suecia y en Suiza, en Checoslovaquia, en Turquía y Yugoslavia.

Para no citar más que algunas es, sobre todo en España (Ávila), en Italia (Ferrara, Bérgamo, Treviso, Palmanova), en Francia (Avignón, Carcassonne, Aigues-Mortes), en Gran Bretaña (Berwick upon Tweed), en Checoslovaquia (Josefov) y en Yugoslavia (Spalato) donde se encuentran los más importantes cinturones urbanos rodeando completamente núcleos históricos.

Los signos de los tiempos dibujan sobre las murallas de las viejas ciudades los trazos fundamentales del mundo en el cual los hombres vivieron y lucharon durante largos siglos. Con su recinto en granito dorado de una longitud de 2.865 metros y sus noventa torres, Ávila de los Caballeros lleva, en este espíritu, la vieja Castilla al primer plano de la belleza eterna. Construidos de 1085 a 1096, maravillosamente conservados, hasta se conoce a los autores, los arquitectos Casandro y Florin de Pituenga. En cuanto a Ferrara (Emilia-Romagna), desarrolla en 9.000 metros su recinto urbano del siglo XV: Bérgamo (Lombardía), la suya sobre 5.114 metros (1430-1581), y Treviso (Véneto), sus murallas sobre 5.000 metros levantadas de acuerdo con el proyecto del célebre arquitecto Fra Giocondo de Verona. El ejemplo de Palmanova (Friuli) es aún en nuestros días impresionante. Es tipo perfecto de la ciudad-fortaleza veneciana del si-

glo XVI. Construida en forma de estrella, resume todos los estudios, las realizaciones y las invenciones de los más ilustres arquitectos militares del renacimiento: Francesco di Giorgio, Michelangelo, Michele Sanmichele, Vincenzo Scamozzi, Antonio Giovanni Battista, Francesco Giuliano da Sangallo.

De Avignón hay que señalar el precioso recinto fortificado construido en el siglo XIV al siglo XVI sobre una longitud de 4.700 metros; de Carcassonne, las murallas que van de la época galorromana a los siglos XV y XIII y que miden 3.957 metros; de Aigues-Mortes, los duros bastiones practicables levantados en el siglo XIII por los arquitectos Guglielmo Boccanegra y Nicola Cominelli y que forman un paralelogramo casi rectangular de un perímetro de 1.633 metros.

Por otra parte, mientras que el condado de Northumberland ofrece el recinto medieval (1296) y el isabelino (1558-1569) de Berwick upon Tweed con un recorrido de 6.222 metros: La Bohème oriental presenta, en su departamento de Náchod, la villa fortificada de Josefov, cuyas murallas se extienden sobre 11.334 metros, se remontan a 1781-1789, y constituyeron uno de los más importantes elementos defensivos de la Europa central en el siglo XVIII. Mientras que Croacia puede todavía enorgullecerse de los tres recintos urbanos de Spalato, construidos en los siglos IV, XIV, XV y XVI, con una longitud global de 4.186 metros.

En lo que concierne a los más significativos recintos urbanos que contornean parcialmente los núcleos históricos señalemos, entre otros, en España las antiguas murallas de tierra roja en Niebla (Huelva), flanqueadas por torres cuadradas y taladradas por puertas muy notables; las fortificaciones ciclópeas de los iberos en Sagunto, así como las murallas pelásgicas de Tarragona y las murallas romanas y medievales de Gerona. Obras admirables que en estas últimas ciudades han sido convertidas en atractivos pasos arqueológicos: en Israel el recinto de 4.018 metros, construido en Jerusalén por Solimán el Magnífico, de 1537 a 1541; en Checoslovaquia, la fortificación de Znojmo (Moravia Meridional), en los siglos XII y XIV y de la que queda actualmente 6.800 metros.

En este mismo orden recordemos igualmente, en Italia, el recinto parcial de Volterra (Toscana), midiendo 10.491 metros, formado por las murallas ciclópeas etruscas

que datan del siglo IV antes de Jesucristo, y las grandiosas murallas medievales del siglo XIII. Y siempre en Toscana el de Pisa, que se desarrolla en 6.150 metros y que fue realizado durante los siglos XII, XIII y XIV.

En Francia, con la categoría de recintos urbanos parciales aparecen, por ejemplo, los restos de los bastiones fortificados de La Rochelle (Charente-Maritime), construidos bajo Luis XIV por Vauban, y que desafiaron audazmente a la realaleza; las murallas de Langrés, en el alto Marne, construidas a mitad del siglo XIV, englobando las murallas y las torres de las obras defensivas anteriores y de las cuales el camino de ronda que las corona constituye un circuito panorámico de los más sugestivos; y los emocionantes vestigios que ciñen las ruinas de la antigua villa fortificada de Baux (Bauchedu-Rhône), construidos en el siglo XV al XVII, una de las maravillas de Francia por la extrañeza del lugar y por la singular arquitectura que se armoniza con el paisaje de rocas dominadoras y componen con ellas un conjunto inolvidable.

El examen de la historia de la arquitectura relacionando el pasado y el futuro debería permitir separar un cierto número de leyes que sobrepasan el campo estricto de la arqueología para entrar en el dominio de la integración de las obras de antaño con las concepciones del porvenir y así dar al término "grandeza" un nuevo sentido funcional, un significado no solamente estético, sino también de utilidad pública y de necesidad cultural. Por esto, no se debe, a la fuerza, destrozarse para agrandar, pues hace falta indudablemente salvar de la destrucción, limpiando y poniendo en debidas condiciones nuestras antiguas aglomeraciones históricas.

No dejemos de hacer notar que la antigüedad ha conocido recintos urbanos de una amplitud difícilmente imaginable hoy. A pesar de su carácter y de su aspecto inasequible muchos de los sueños que proporcionaban se han ido con ellas. Sin embargo, hay que reconocer que continúan teniendo para nosotros un alto interés cultural arquitectónico. Estos modelos de los tiempos pasados permanecen todavía para instruirnos.

Basta pensar en los problemas artísticos y científicos que plantean. Levantada en el siglo XIV a. d. J. C., la gigantesca fortaleza de Siracusa, en Sicilia, tenía un perímetro de 30 kilómetros; Roma conserva y utiliza

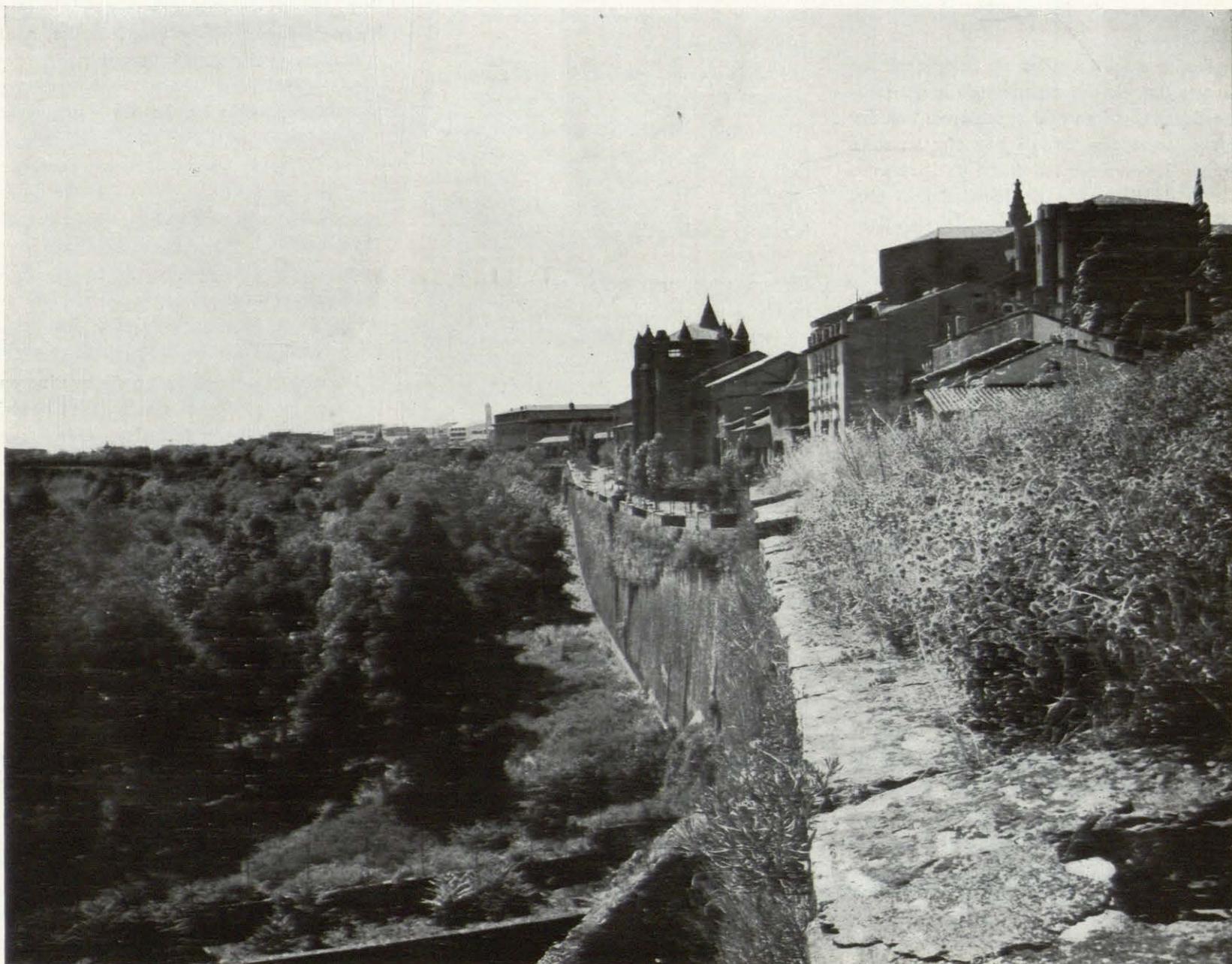
hasta el año 1870 una línea de bellas y sólidas murallas de 18 kilómetros construidas en el año 721 y que tenían 383 torres de defensa; al principio del siglo XV las potentes murallas de Constantinopla, de las que una parte existe hoy admirándonos, formaban una línea de 25 kilómetros.

Por razones que ignoramos, España estaba mal representada en Lucca en la Primera Exposición Internacional de Recintos Urbanos. No había visiblemente más que un solo ejemplo de Cataluña: los atractivos muros de Gerona. Se había olvidado entre tantos otros, y esto fue una gran lástima, las fascinantes murallas de Pamplona y de las cuales mi querido amigo Carlos de Miguel llamó mi atención en abril de 1967, cuando navegábamos felices sobre el canal valenciano de la Albufera.

Cuando se ha recorrido España de largo en ancho a la busca de las expresiones infinitas de sus ciudades, de sus pueblos y de sus monumentos se acaba conquistado por la calidad de su arquitectura, en la que los elementos esculpidos o modelados no están, por lo general, más que muy rara vez extendidos en superficie, al modo de una capa superficial de ornamentos, sino que aparecen localizados en puntos precisos (o formando parte integrante del cuerpo mismo del edificio, como en la arquitectura mudéjar) y obligados por tanto en ambos casos a justificarse en la composición constructiva.

Una medida estética bien equilibrada y un estilo múltiple y atrayente se funden en conjuntos orgánicos en los que el misterio envolvente adquiere un sentido muy par-

ticular que no se encuentra en parte alguna por su realización grandiosa y no grandilocuente, por su carácter compacto y unitario, ciertos burgos y ciudades históricas de España se imponen a las más brillantes de las imaginaciones. Son todos absolutamente distintos y disemejantes, todos absolutamente únicos y esenciales, todos absoluta e inmediatamente identificables y clasificables a causa de su originalidad, de sus formas generatrices, de sus propias estructuras urbanas y de la dilatación del espacio que engloban. Se imponen a nuestros ojos y a nuestra razón con un rigor o una solemnidad que no es solamente la intensificación del sentido agudo de la austeridad, de la inteligencia y de la fuerza que los ha concebido, sino también de una serenidad exaltante y exultando a veces a la naturaleza



rica o árida, solitaria u hormigueante de la que han surgido. Es indudablemente el resultado de una arquitectura y de un urbanismo de ideas y no de figuración, de una arquitectura y de un urbanismo en que el tiempo parece haberse parado. Hay, por otra parte, una mística de la villa y del burgo español que hay que tener en cuenta en los proyectos de hoy, y de la que no se puede concluir que España es un país triste, como se ha dicho muy a menudo, sino severo y serio, o sea lo que constituye un honor para ella.

El solo nombre de Pamplona trae a la memoria el pequeño reino de Navarra (de la que fue capital), que ejercía, por tanto, una acción artística, constructiva y civilizadora ya en la época prerrománica, es decir, en el siglo IX. Después se perfila el espíritu de la Navarra románica, lugar de encuentro y de charnela de dos mundos: el Islam y la Cristiandad.

Frente a las murallas de Pamplona, que dan testimonio del pasado y de la grandeza de España, y frente al espectáculo inaudito de potencia que todavía hoy ofrecen sueños y lamentamos infinitamente la desaparición de una parte de la admirable obra defensiva y ofensiva que formaron en tiempos muy agitados.

Contemplando sus murallas es fácil imaginarse cómo era antes Pamplona en el perímetro que constituye actualmente la vieja cintura urbana de la ciudad; coexistían tres villas separadas. Eran centros completos y autónomos con sus muros, sus torres, sus fosos, sus sistemas de ataque y de defensa. En el vértice de la pared del gran foso formado por el río Arga y su valle se levantaba la iglesia de Santa María, que fue destruida en 1390. Así era Pamplona medieval.

En efecto, fue al principio del siglo XII cuando el maestro Esteban, el maestro de obra de Santiago, comenzó la construcción de la catedral románica, y en este mismo siglo un maestro desconocido concibió el claustro. De estos dos prestigiosos artistas, de su imaginación y de un gran monumento desaparecido no tenemos más que algún capitel de la catedral del maestro Esteban y del claustro del maestro anónimo. Se exponen en el museo de Navarra, enclavado sobre las murallas de Pamplona, donde forman uno de los conjuntos más perfectos y más excepcionales que nos haya legado la escultura románica.

La Navarra románica fue, indudablemente, un país de obras maestras. Se benefició, sin duda, de la influencia que pudo ejercer la desbordante actividad del abate Oliva, el infatigable constructor de iglesias, que desempeñó un papel primordial en la introducción, la implantación y la expansión en Cataluña de la arquitectura lombarda denominada Primer Arte Románico. Pamplona se encontró ciertamente marcada en su desarrollo.

A partir del siglo XII no cesa de agrandarse en su potente cinturón amurallado, encerrando una especie de plataforma por otra parte accidentada, recinto urbano cada vez más eficaz gracias a toda una serie de obras defensivas tales como la ciudadela, los bastiones triangulares, los reductos, los fuertes exteriores y las fortificaciones.

Ha sido en nuestra época cuando se destruyeron al Sureste una parte de las murallas de Pamplona.

Habría mucho que decir y que epilogar a propósito de estas murallas que sufrieron tantos asaltos repetidos y alguna de cuyas puertas todavía señala juiciosas entradas. El portal de Francia está ahí para decirnos en un estilo a la vez simple y monumental el lenguaje cruel de las guerras intestinas. Las piedras de las murallas de Pamplona que forman como una infranqueable frontera, mientras que una luz cortante brilla sobre el enorme y sabio aparato de sus moles son, en sus trazos indestructibles, una demostración de la violencia y de belleza.

Brevemente ocupada sucesivamente por los visigodos, los francos y los árabes, Pamplona consiguió, sin embargo, mantener en principio su independencia. Por el contrario, la guerra civil de los burgos contra la ciudad llevó en 1277 a la destrucción de la navarrería en la ciudad por el cuerpo expedicionario que mandaba el conde d'Artois. Al principio del siglo XVI, durante la guerra entre Francia y España por la posesión de Navarra, las murallas de Pamplona fueron disputadas con encarnizamiento por los dos adversarios. Ocupadas en diciembre de 1512 por las tropas españolas de Fernando el Católico, Pamplona fue sitiada en 1521 por el rey de Navarra Juan d'Albret, ayudado por los franceses. Después de esta nueva aventura guerrera por la conquista del recinto fortificado de Pamplona se sitúa un episodio en el cual no se puede pensar sin emoción. La ciudadela estaba defendida por

una última resistencia a ultranza por el capitán Ignacio de Loyola y algunos fieles soldados. Este llegó a ser, después de su conversión y de los padecimientos sufridos en este sitio, el fundador de la Orden de los Jesuitas; no era entonces más que un combatiente temerario, el capitán de una compañía del vicerrey de Navarra. Gravemente herido por un golpe de lombarda de las gentes de Francisco I, la fortaleza cayó el 21 de mayo de 1521. Después las murallas de Pamplona conocieron bastante a menudo los dolores de las batallas. En 1808 la villa fue ocupada por los franceses y reconquistada por los españoles en 1813. Durante las guerras carlistas los insurgentes trataron en vano de tomar la plaza, cuyo recinto defensivo habíase encontrado su inviolabilidad.

Ahora que las murallas de Pamplona han perdido para siempre su significación levantisca, no queda más que contemplarlas y hacer de ellas un buen uso. Privadas, naturalmente, de edad, puesto que pertenecen desde entonces al dominio del espíritu y porque responden igualmente a una característica muy particular de la arquitectura española, hace falta, en todo caso, hacerlas salir de una clandestinidad en la que las ha sumido la desaparición de sus poderes ciertos que eran los de ser inaccesibles e inexpugnables. Un milagro de la técnica y de la arquitectura militar de antes ha entrado en un orden de ideas que ya no es idéntico a los preceptos para los cuales fue realizado.

Las viejas ciudades de España que fueron, como un gran número de ciudades históricas de Italia, los principales centros propulsores del pensamiento europeo. Son cada vez más escasas, así como sus recintos urbanos, que las tenían separadas, no de la vida, pero sí de la dispersión. Por todo esto, lo que queda de las murallas de Pamplona tiene tanta importancia hoy porque mediante la disposición atractiva de los lugares y la tranquilidad de la atmósfera que de ellas se desprende han de destacarse sobre el cielo profundo de España como la bandera y el símbolo de la vitalidad inextinguible, de un espíritu creador, de un espíritu de fiera libertad y de fuerza que debe continuar, tener un valor importante en los movimientos de la cultura contemporánea.

Los trazos distintivos de la arquitectura española pueden condensarse, en parte, en la dignidad y el carácter sagrado de sus manifestaciones monumentales, manifestacio-





Fotos Gómez.

nes a menudo inimitables o que no se encuentran sus parejos y sus rivales más que en las expresiones arquitectónicas de los países y de los medios que inspiran en el orden mediterráneo. Las murallas de Pamplona son un ejemplo. Entre las más bellas que se pueden contemplar nos recuerdan que el sentido de lo maravilloso no ha abandonado todavía las regiones favorecidas de Navarra, y que esta arquitectura ya adormilada y en reposo no tiene más que forzar nuestra admiración planteándose en el es-

pacio nuevo, nimbada de brillante esplendor como la luz móvil del sol, para expresarse con el poeta.

A pesar de su transformación y de su paso a una atribución civil las famosas murallas de Pamplona se presentan todavía en el despliegue de su potencia atribuida en la radiación, así como de su perennidad. Nos dicen de un modo perentorio que con el paso del tiempo y los principios reguladores del urbanismo humanista y cultural podemos reconocer mejor lo que debe ser

celosamente mantenido y discernir mejor los signos de los imperativos categóricos que aseguran al Gobierno de la verdadera vanguardia. Estos signos estigmatizan la postura discriminante que quiera que lo antiguo sea siempre vetusto, en tanto que puede insertarse en un renacimiento como condena del siniestro prejuicio que quiere que un antiguo recinto urbano impida necesariamente al progreso y no pueda, por tanto, acordarse con los métodos innovadores e integradores del urbanismo funcional.